

# Eduardo Kingman el alma HUMANA

Ramiro Dávila Grijalva\*



En su obra supo mostrar con fuerza, a la vez que con honda ternura, los aspectos más desgarradores y sublimes de la naturaleza humana. En la expresión de las manos -el leit motiv más notorio de su pintura-, ya crispadas de angustia o desesperación, endurecidas o

dispuestas al reposo luego de una larga y ardua labor, o quizá airadas al pronunciar el grito de rebelión contra todas las injusticias, o asomándose tímidamente al mundo desde la oscura puerta de su alma o elevando el cirio iluminado, pidiendo gracia o misericordia de lo alto, se complació en mostrar lo

En su obra supo mostrar con fuerza, a la vez que con honda ternura, los aspectos más desgarradores y sublimes de la naturaleza humana. En la expresión de las manos -el leit motiv más notorio de su pintura-, ya crispadas de angustia o desesperación, endurecidas o

## "Ángel de la guarda"

En su obra supo mostrar con fuerza, a la vez que con honda ternura, los aspectos más desgarradores y sublimes de la naturaleza humana. En la expresión de las manos -el leit motiv más notorio de su pintura-, ya crispadas de angustia o desesperación, endurecidas o

(\*) Ministro del Servicio Exterior Ecuatoriano.

mejor de la condición humana; su capacidad de comunicarse con el otro, no mediante palabras, a veces vacías, sino mediante la obra de las manos que son las que pueden brindar la caricia o el servicio al otro.

Su carrera tuvo los tropiezos y decepciones del innovador atrevido. Luego de cumplidos apenas tres años de estudios en la escuela de Bellas Artes en Quito, y de una fructífera residencia en Guayaquil, donde hizo amistad con el inolvidable grupo de cinco narradores y maestros del realismo social, hacia 1933 hizo la primera presentación de su obra al público, mostrando su enorme talento. En 1935 participó en el único pero ya histórico Salón Anual de Pintura "Mariano Aguilera", aunque su valor no pudo ser reconocido por un jurado acostumbrado a un helado neoclasicismo. Pero al año siguiente, gracias a la visión de hombre como Benjamín Carrión, su obra fue coronada con el primer premio del mismo Salón, iniciando así una carrera de gloria que lo llevaría a participar en lugares como el Museum of Art de San Francisco (1946), en la Unión Panamericana en 1947, junto a Cándido Portinari, Rufino Tamayo, Roa, Butler, Acuña, Sabogal, los nombres más notables de la plástica de la época. En 1993 tuvo su mayor reconoci-

miento cuando recibió el Premio Gabriela Mistral, otorgado por la OEA a los más destacados artistas del continente.

Estos merecidos galardones que hicieron justicia al valor enorme de su obra, plasmada también en bellos murales, como el de la cima de la libertad, en las faldas del Pichincha, nunca le envanecieron. Jamás se mostró soberbio o pagado de sí mismo. Se puede decir, sin duda, que el hombre estuvo a la altura de su arte y en ello radica su mayor grandeza, su señorío. No hay palabras para describir su arte: basta mirar la firmeza de sus trazos, la originalidad de su dibujo -sin negar su inspiración, hija notable del muralista mexicano-, su colorido propio que, conforme fue avanzando la edad y la maestría de Eduardo, se fue volviendo más transparente, tierno y casi se diría alegre. Como los indígenas en sus últimas obras, cuyos ojos al parecer vacíos dejan sentir el reflejo de una angustiada sensación de opresión y esperanza. La obra que nos dejó es una muestra de la perpetuidad del gran arte y su recuerdo, siempre vivo, el de un hombre verdaderamente sabio que pasó por la vida sin hacernos sentir jamás el peso de su propia grandeza.